



► 16 Diciembre, 2018

CRÓNICAS GRANADINAS

TICO MEDINA CRONISTA OFICIAL DE LA CIUDAD DE GRANADA Y DE LA PROVINCIA



Pepe Habichuela, leyenda viva

Ahí va, que no hay más que verlo, ese gran guerrillero de la música que hace más grande a Granada. Ha bajado de la montaña sagrada hasta el mundo con su guitarra al hombro, como si fuera una metralleta o una espada. Lleva consigo el duende que nació con él hace 75 años, arriba, en la cueva, como nació el niño Dios que ahora celebramos. Se llama Pepe y su apellido es Carmona. Nieto directo de Chorrojumo, al que admiraba tanto, que me lo dijo don Andrés Segovia, cuando íbamos a Salobreña después de que el Rey Don Juan Carlos lo hiciera marqués. No quiso ser conde de Los Cármenes de Granada. Si me lo ofrece a mí me lo tatuó en la mitad de la frente, como aquel día que me pintó un barco, hace cincuenta años, en la línea de la muerte de Ciudad Juárez, en México. ¡Cómo pasa el tiempo! Pero no para Pepe, personaje genial, singular, único, perteneciente por la masa de la sangre, quizá el ombligo hacia fuera, a los Carmona de siempre. Último o penúltimo de una dinastía de artistas de los que ya no queden. Pequeño, pero gigante. La corbata no le hace falta. Embajador de la música nuestra en el mundo, capaz de hacer que su guitarra sea una fuente o una daga. Viene de la noche de los tiempos. A veces nos encontramos (menos de lo que quisiera) en una estación. Él va y yo vengo, vagabundos del mundo, siempre buscando lo mismo, como contar de Granada: «Soy Pepe, el hermano de Juan».

Es verdad, es la voz de la sangre, gitano total: «Yo toco la guitarra como si tuviera hambre». Olé. Lleva el son en el tuétano de los huesos. 'Pepehabichuela', todo junto, acompañado en la voz, es un decir, por María Callas, que cantaba flamenco sin saberlo. La conocí en Nueva York junto al hombre más rico y más feo del mundo: Onassis, que en paz descansa. Le besé en la mano y escribí María Callas Callada, con lo que me habría gustado besarla en la boca. Me pasa muchas veces y más ahora que soy un viejuno cargado de años y de secretos. A ver si lo cuento algún día, todo que siempre que meo se me queda la piedra dentro, como si lo mío fuera un cólico nefrítico, ya saben, Nefrítico Medina.

A propósito, que hace ahora años que se nos fue el genio Morente, al que tanto acompañó en su silla

de anea que debía estar en un museo como poco de Granada. No me quiero morir del todo sin hacerlo y en él estarían, por ejemplo, su guitarra, alguna de su hermano Juan y la silla en la que tocaba.

No es un sacrilegio decir que Juan era el hermano de Pepe, que siendo lo mismo, es distinto. Querido Pepe, que el otro día te vi en la plaza Mayor del mundo universitario, haciendo callar a la calle, que no es fácil. Bendito Pepe, sesenta años en la brecha, en la brocha, con tu aire de sabio experto en lunas, esqueleto de plata antigua, camisa a ser posible de seda, pañuelo al cuello, que el planeta esta resfriado, verso a pie, que de vivir Federico, te habría llamado para hacerte sombra cuando él leía su último verso en familia, en la Huerta de San Vicente que ahora tengo tan cerca en la casa de mi hermana Loli.

Don Pepe Habichuela en carne y hueso, que el día 22 con él le tocará la lotería a los que vayan a verlo ya en el Palacio de Congresos. Contigo en el trono de rey estarán: Estrella Morente, la familia toda, Pedro el Granaino, Curro Albaizín, al que quiero y admiro tanto, Juan Andrés Maya, Manolete, don Miguel Ríos, que acaba de llenar Granada con su adiós (pero por poco tiempo, que siempre vuelve), Antonio Carmona, Patrocinio hijo o Soleá Morente, gloria bendita, Rosalía antes de Rosalía...

Pepe, niño en la galería de fotos antiguas, que no viejas. ¡Qué buenas memorias tiene don José Antonio Carmona y Carmona, gloria del Albaicín, sonrisa de muchacho, nieto de aquel Habichuela 'el Viejo'!

Dice la nota que acompaña la noticia que aprendió, si es que eso se aprende, de Sabicas, al que en trevísté en Nueva York donde reinaba ya viejo, y también de aquel Vicente Escudero que vivía cerca de Estrellita Castro, la de suspiros de España, el rizo frente al espejo, la raza que canta... Don Vicente siempre vestido de Vicente: llevaba en su bolsillo de la chaqueta un pañuelo que olía Castilla, y que te ofrecía para olerlo. Era el perfume del vino del Duero. Le servía de borrachera.

Pepe siempre al lado de Juan, y a veces, cada uno por su parte, que el arte no es gemelo. Recuerdo a Juan cuando me dijo ya herido en la nuez desnuda de la cabeza: «A ver si puedes conseguir, que para eso eres quien eres, Escolástico, que el Ayuntamiento, o quien sea,



me ceda de por vida una casa en el Albaicín, por chica que sea, para que pueda guardar mis guitarras, que tengo muchas. Y las fotos de mi familia, que, por cierto, hay una tuya de cuando hiciste con María la Canastera aquella Nochebuena gitana en la revista Careta».

La memoria que no se va, menos mal. Pepe Habichuela, no sé cuántos discos, pero, sobre todo, su guitarra, que esté hecha en parte de ciprés del Generalife para sonar en los tiempos triste. Pepe, sabio de la cultura de la sangre, coleccionista de lunas, aire de cristal frágil, cerámica de Fajalauza. Pepe está hecho del hierro de las minas de Alquife, que sigue teniendo minas, grande de España en lo suyo. Recuerdo cuando don Andrés Segovia me dijo en su ático de Madrid: «Lo de los Habichuela es otra cosa. Tocaban la guitarra de manera distinta. Son diferentes. Es una vieja voz de su sangre antigua. Y les pasa como a mí, que no nos gustan las guitarras eléctricas que ahora se llevan tanto».

«Pero son guitarras, maestro, lo que sucede es que son eléctricas, argumenté yo.

«Por eso mismo, Medina, que no quiero que me den calambre».

Olé nuestro Pepe Habichuela, faro de un océano en niebla. Acariciaba la guitarra, a veces le da para el pelo, la amasa, la sufre, la masturba, la pena, la apena, la machaca, la levanta, la toma por la cintura, la besa en la boca redonda.. Ya saben, será, granaino mío, en el Palacio de Congresos, donde yo ofrecí una conferencia sobre el dolor para dos personas, donde de-

fendí la beatitud de Fray Leopoldo ante los cardenales de la iglesia vaticana...

José, ante su raíz en la sala García Lorca. Cuatro generaciones de artistas, el mito y el rito juntos en la misma persona. Sencillo, humilde, con el toque de los genios. Su esposa, tan gitana, siempre a su vera. En la sangre, el chumbo y la yerbabuena. Y también el saber escuchar a los grandes, la delicadeza, el talante y el talento. Pepe Habichuela, Carmona de los Carmona de toda la vida. A veces, Beethoven se le aparece en sueños, carne de ángel. Y todo esto, maestro, sin conocerte del todo, que mira que si te conociera...

Palo y pelo, pila, la melena suelta, es un decir, compañero. Camarero, cuando ya tenía las venas como cuerdas de guitarra y se moría a chorros, me dijo un día en Barcelona: «Tengo, ya lo ve usted, las venas como cuerdas de guitarra». «Es una buena forma de contar tantas cosas. En una sola frase. Mientras sean cuerdas de guitarra, José, que te conocí, rubio como un ángel, en la Venta de Vargas, que fui con Lola Flores y don Manolo Caracol».

«Sí, allí me hice de niño. Allí empecé... Puede usted decir que mis venas parecen las cuerdas de guitarra de la familia Habichuela».

Todo esto recuerdo hilando esta crónica del recuerdo. Villancico de sopa de ajo, de ojo, de hijo, que hoy me ha dado por escribir la crónica con una música al lado, en esa silla de anea de Guadalhorce que tengo conmigo y en la que a veces me siento. Y se me cambia el aire y me

acuerdo, que me gusta más que me recuerdo, porque mi memoria no es solo histórica, a veces es histórica de tanto como la necesito.

Acaban de traerme un sobre. Como siempre, es un sobre sin dinero... Me viene a la memoria el torero que recibía a un grupo de periodistas 'sobrecogedores' sentado en el retrete, cagando. Entró un crítico muy conocido -yo estaba en la antesala, pero lo veía todo- y diestro siniestro le entregó su sobre. El cronista recogió el soborno riendo como quien se sabe bufón de rey. «¡Vaya postura, maestro! ¡Esto solo se le ocurre a usted!» Luego abrió el sobre con mano temblorosa y se puso serio. «Pero esto no es lo mío maestro!»

El torero, con los calzones caídos, enseñando sus poderes, le contestó rápidamente, ferozmente: «Claro que no es lo tuyo, es mío». Después, tiró de la cadena y se fue.

Lo cuento porque estoy en un tiempo de olvido. ¡Cómo me gustaría estar ahí ese día del gran homenaje, que Granada te lo debe, maestro. Pero que sepas que esa vieja sombra curvada del esqueleto partido es la mía. ¡Cuánto me gustaría, si me dieras ese honor, ponerte el escalde de la palabra escrita para que pongas tu pie cuando hagas sonar, sentir, llorar, reír a tu guitarra! Rumor de fuente y de angustia, pena grande, gloria chica, faraón de la guitarra.

Te lo debía, Pepe Habichuela, leyenda viva, aunque siempre vuelves, haz lo que yo no pude hacer: quedarte siempre en Granada... ¡Nos haces de verdad tanta falta!